

EMILIO GANCEDO
Barrio húmedo

ÍNDICE

- I. PENTIO FESTO, 9
- II. LIDIA NONIA, 21
- III. FLÁIN FLAÍNEZ, 31
- IV. SANTIAGO BOTAS, 43
- V. MARÍA REMOÑA, 53
- VI. SOR JUANA JESÚS DEL ROSARIO, 63
- VII. BERNABÉ, MARQUITOS, 77
- VIII. ANTONIO BARDÓN MIGUÉLEZ, 91
- IX. ANSELMO TOLDANOS, 103
- X. CÉSAR BENAVIDES, ÁNGEL VEGA, 115
- XI. BEATRIZ FIERRO, 129
- XII. LAURA PÉREZ, HUGO SALGADO, 133

«El vino me incita, ese loco que induce, por gran sensatez que se tenga, a cantar, a bailar y a reír a mandíbula abierta, y a decir muchas cosas que más conviniera callarlas».

Homero, *Odisea*

«... que nos dedes quatro eminas de buen mosto, cada anno, en Sant Fagunt, quinze días después de Sant Miguel».

Anales del Monasterio de Sahagún

I. PENTIO FESTO

SOLO HAY UNA COSA peor que estar sobrio: estar borracho y no saberlo.

La frase resonaba dentro de la cabeza desordenada de Pentio Festo, del pequeño Pentio Festo, del montañés pobre, ignorante y venerador del vino Pentio Festo, y no sabía qué era peor, si el tambor sostenido que alguien hacía retumbar desde el mismo centro de su cráneo, las finísimas agujas de aire helado que se filtraban a través de los huecos de sus dientes hechos pedazos o esa endemoniada frase repitiéndose hasta la náusea en las órbitas eternas de su interior. Otras sensaciones malditas que le habían procurado los dioses, aquella madrugada, eran el frío sabor de las losas en los labios hinchados y la innombrable impresión que le producía pasar la punta de la lengua por el vacío de las encías ensangrentadas.

Sentía un dolor ahogado, extraño y completo, una especie de piel interior adherida al envés del cuerpo, y un bramido ronco que no oía con los oídos sino con toda su persona.

Esa segunda piel torturadora olía, sabía y sonaba a vino.

Pentio Festo estaba contenido, traspasado, enterrado enteramente en vino. Sus venas habían sido desalojadas de sangre y las llenaba ahora un tinto violeta que circulaba en torrentes rápidos y abrasadores. Ya no poseía fluido propio alguno: su interior era un mero trasiego, un bombeo que trasladaba ánforas completas de aquí para allá, arriba y abajo, por todos sus miembros, desde la ba-

rriga ansiosa de patas de cordero hasta la punta de los dedos chatos, y vuelta a empezar; un movimiento cósmico, tan natural como el baile imparable de las estaciones o como la lucha del sol contra las nubes, movimiento que jamás se detendría, o quizá tan solo cuando su cuerpo se hubiese convertido en un triste hollejo escurrido.

Pentio Festo se moría de la borrachera y de la paliza, desplomado sobre la entrada de la única taberna con la que contaba entonces el suburbio del Campamento. Era un odre hecho de huesos rotos, dientes partidos, órganos exhaustos y manchas de vino y sangre.

Así lo encontró la luz del alba, como una complicada flor surcada de pliegues, desgarros, abultamientos, aristas y borrones, y pintada de las más variadas tonalidades de rojo.

El dueño de la taberna por poco lo pisa cuando salió, medio dormido, a vaciar la vasija de las meadas y los escupitajos. Retrocedió, maldijo, lo miró con asco y con odio, saltó por encima de él, tiró el contenido de la vasija entre el barro y los cagajones de los caballos, regresó y volvió a maldecir la casta de los montañeses, gente torpe y estúpida, apenas humana, cuyo idioma se parece al de las cabras y que entre los hombres civilizados no hacen sino abrir la boca como idiotas y estar siempre a punto de que les pase un carruaje por encima. Lo empujó un poco con el pie; le apartó la saya negra, pesada y húmeda, y descubrió entonces tal variedad de fisuras e inflamaciones que su rostro se contrajo en una mueca más de contrariedad que de repulsión.

Le cruzó la mente la fastidiosa idea de llamar a su socio para que le ayudara a cogerlo y a tirarlo al arroyo sin que se enterase la guardia, pero solo de pensarlo sintió una pereza imbatible, así que se convenció de que ya habría tiempo para eso, y al poco tiempo ya estaba otra vez roncando como un buey, tirado en el banco. No obstante, algo muy súbito y muy intenso le debió relampaguear en el óvalo del sueño porque se despertó de pronto con una sonrisa torcida y los ojos arañados de venillas, abrió la puerta, se subió la túnica

y meó sobre el cuerpo del montañés, en abundancia y con un deleite insospechado. De la saya empapada emergió un vapor denso.

No hacía ni un año que Pentio Festo había llegado al Campamento.

DE PENTIO Festo, del pequeño y oscuro Pentio Festo, hay que decir que no sabía lo que era divertirse antes de conocer el Campamento. Nunca antes había penetrado a una muchacha en un rincón oscuro sin saber siquiera su nombre, con una horrenda máscara en la cabeza y mientras otras mujeres igualmente desconocidas lo jaleaban y le fustigaban con una vara verde; nunca antes le habían dado a beber directamente del odre, ataviado como el buen Baco, ceñidas las sienes de hoja de vid; y nunca antes se había pasado la noche bailando canciones cantadas en lenguas extrañas para amanecer entre cuerpos desmayados, jarras vacías y semblantes dichosos. Nunca antes se lo había pasado tan a lo grande.

Nunca había visto ni sentido nada igual porque, comparado con el Campamento, la aldea le llegó a parecer poco más que un aprisco siempre envuelto en niebla y humo, una acumulación informe de paredes de piedra y techos de centeno, como si algún temporal hubiera arrastrado, ladera abajo, un montón de rocas y bálago, y lo hubiera estrellado contra la primera collada que le saliera al paso. La aldea olía a cuero, a viento y a animal. La aldea solo era trabajo descarnado de la mañana a la noche, brega diaria con la azuela y las ovejas, duras tortas de escanda para comer y vagas historias de héroes que solo se contaban entre sí los viejos.

Y para beber, un infernal licor de arándanos que caía dentro de uno como el fuego y que únicamente se usaba en ciertos días del año para intentar recordar lo que todo el mundo había olvidado.

Pero Pentio Festo, a pesar de ser pequeño y oscuro, tenía ciertos dones, como su buena mano con los caballos. Contaba la madre que de niño, una vez, se escapó gateando y empezó a jugar con los

cascos peludos de una yegua negra a la entrada de la choza, uno de esos animales ariscos e impredecibles a los que tanto apego tienen los montañeses, y el animal se dejó hacer, y hasta le lamió la cara. Todos lo entendieron como una señal de los antiguos dioses, una señal llegada desde el otro lado del tiempo, cuando el pueblo era libre y robusto, y nadie les estorbaba el galopar donde quisieran a ambos lados de las cumbres, bien de cara al llano, bien de cara al mar.

La madre de Pentio Festo y el resto de habitantes de la aldea fueron muriendo de unas raras fiebres que, según se decía, habían traído consigo las gentes del águila, y como el padre marchara una tarde de invierno sin que nadie supiera adónde, quizá a morir como los antiguos, de frío o de hambre, despeñado o luchando contra los lobos, al menos no quieto y dócil como un animal en la cuadra, Pentio Festo se quedó solo, con su choza redonda y con un hermano mellizo que ni andaba, ni hablaba, ni reía: solo agitaba en el aire sus brazos secos como palitos y descolgaba el labio inferior cuando Pentio Festo le alargaba pedazos de cecina.

Pentio Festo, el domador de potros, abandonó la aldea reducida a una cáscara hueca, a media docena de postes caídos entre la paja, caminando frente a un viejo caballo a cuya grupa había asegurado el cuerpo de ese hermano suyo al que los dioses habían concedido el raro don de la inocencia extrema.

Recorrió muchas sendas, vadeó ríos y atravesó espesuras, observando cómo aquí y allá las gentes del águila segaban montes, trazaban caminos y hozaban la tierra con máquinas dentadas, en todo semejantes a hormigas que no se concedieran un minuto de descanso, y cierto día, desde lo alto de un robledal azotado por todos los vientos, divisó el Campamento.

Era imponente, con su muralla hecha de tierra apisonada y de piedras grandes y amarillas, sus airosas torres y sus estandartes coloridos. Pentio Festo estuvo un buen rato mirándolo, acariciando despacio a la bestia y al hermano, y lo que más le llamó la atención fue lo recto de sus esquinas, lo mucho que brillaban las lorigas de

los legionarios y la larga hilera de gentes que pugnaban por entrar en el animado suburbio, extendido como una mancha de aceite a los pies del Campamento.

DESPUÉS, LAS COSAS se sucedieron más rápido de lo que Pentio Festo estaba acostumbrado. El tiempo parecía pasar de otra manera y, además, pasaban muchas más cosas. Al principio, casi todas malas. Le engañaron varias veces. La posada indicada no existía pero los sestercios que adelantó volaron de veras. Le robaron el caballo. Le robaron una bolsa que llevaba con dos sayas de repuesto, la suya y la de su hermano. Se rieron de su aspecto y de su olor pero no se rieron del hermano, que a su modo también mostraba asombro y curiosidad con una ligera vibración en el labio colgante y un fulgor nuevo en la mirada.

Se afincaron en un rincón oscuro, entre maderos y mantas viejas. Allí dormían y allí dejaba Pentio Festo al hermano mientras él vagabundeaba por los alrededores del mercado en busca de desperdicios comestibles.

Un día lo sacó del sueño, zarandeándolo, un hombre con la túnica muy limpia. Fuera de la nieve o las nubes, Pentio Festo jamás había visto algo tan blanco, y nunca hubiera creído que un tejido así pudiera ser obra de los hombres. Pensó que algún bello dios de las gentes del águila se dirigía a él.

—Eh, tú, montañés. ¿Buscas trabajo?

Pentio Festo movió enérgicamente la sucia cabeza, con los ojos aún mojados de sueño. Luego señaló a su hermano, que dormía a su lado hecho un ovido, rígidos los miembros agarrotados. El hombre lo miró, se palpó el afeitado mentón y le hizo una señal, como diciendo «andando».

Pentio Festo, oscuro y pequeño, pero laborioso y callado, cumplió todo cuanto aquel hombre le encomendaba, por repugnante, excesivo, peligroso o agotador que fuera: ir por agua a una fuente

II. LIDIA NONIA

—Lo LAMENTO. HA SIDO niña.

La desgracia de haber nacido niña se sumaba a la desgracia de haber nacido allí.

Eran dos desgracias emparejadas, dos desgracias que parecían haberse jurado fidelidad eterna.

Haber nacido niña ya era bastante infortunio en aquella época peligrosa y como en derrumbe, pero se redoblaba en aquel lugar que primero fue Campamento y que después engordó hasta convertirse en Ciudad, que luego descendió a la categoría de Villa y que continuó bajando hasta la de Aldea, y que más tarde pasó a ser una cosa sin nombre, una población sin forma ni medida, ni justicia ni preceptos, encerrada entre murallas desmochadas y perpetuamente poblada de sombras y de terrores. Las tapias de barro y cantos rodados ocultaban monstruosidades y flaquezas, las calles se enmarañaban y conducían a pozos ciegos y patios sin salida, hombres y mujeres vivían entre las escombreras a la manera de animalitos pequeños y medrosos.

Y en medio de aquella lobreguez, de aquel desaliento, nació una niña.

Una niña que, a pesar de todo, sobrevivió.

Sobrevivió a la enfermedad, a la escasez y a la brutalidad. Sobrevivió al frío, a las caídas, a las mentiras y a los engaños, a la amargura y al desconsuelo.

Muy especialmente, sobrevivió al miedo.

Y el miedo fundamental, en aquel acopio impreciso de piedras y de almas, era el miedo a los bárbaros.

El miedo a los bárbaros era el miedo primigenio, el miedo esencial sobre el cual aquel lugar había sido instaurado. Un miedo perenne, incondicional y definitivo que era indistinguible del polvo y de las escorias, que ya se había pegado a los muros ennegrecidos por los incendios y que respiraban, cada día y a cada instante, los vecinos escasos y ojerosos, los huidizos vecinos que habitaban la población.

Esos vecinos, al nacer, no habían oído pronunciar su nombre o el nombre de Dios. Habían oído decir: «Algún día vendrán los bárbaros».

Arrojados fuera de los cálculos del tiempo, los hombres y las mujeres de aquella no ciudad vivían en tensión constante ante la llegada de los bárbaros, una llegada anunciada como cierta e inminente por todos los códigos y todos los sabios, aunque de unos y de otros ya no quedase ni rastro en el lugar. La angustia y la incertidumbre eran tantas que, cada cierto tiempo, alguien veía, o creía ver, una silueta tras las murallas, una figura que podía ser la de un arriero, o la de un eremita, o la de un buey, y corría por los terraplenes gritando «¡ya están ahí!», «¡ya están ahí!» mientras las mujeres se arañaban la cara y los hombres buscaban sus mejores cuchillos y buscaban también el valor necesario para cortarles el cuello a sus hijos y luego a sí mismos. Entre tantas falsas alarmas, entre tantas carreras sin sentido, siempre había quien se dejaba llevar por el pánico y acababa arrojándose desde lo alto de las almenas, o se deslizaba por una trampilla que conducía a un minúsculo escondite practicado entre el estiércol de las ovejas, o huía despavorido y no se le volvía a ver jamás.

Y como nadie hizo recuento de las desapariciones, ni de los suicidios, ni de los enloquecimientos fraticidas, pues todo aquello quedaba sin vengar y sin purgar, y la falta de norma y aun de recuerdo pesaba sobre el lugar como una niebla sólida y opresiva, una

niebla que teñía los rostros de todos los habitantes con un color de hollín desleído en agua.

Pero de pronto, un día tan hueco y tan insustancial como los demás, un día que no se deslizaba hacia ninguna meta ni provenía de horizonte alguno, un día cualquiera, nació una niña.

Y la niña era preciosa.

La niña era preciosa y por tanto discordaba con aquel entorno de ruinas y sinsabores. Los padres se asustaron, no tanto por la anomalía que suponía haber dado a luz una belleza como aquella, sino porque su misma existencia provocaba que la deformidad, la imperfección y el desgarró de cuanto le rodeaba se acentuaran desmedidamente, y a su lado todos parecían más feos y más monstruosos de lo que eran, aunque ya de por sí lo fueran mucho.

La niña no solo era preciosa sino que era despierta, inteligente, audaz. O quizás no fuera tan bella como se comentaba por las esquinas sino que esos otros insólitos atributos se encargaban de cubrirle la piel con una capa de esplendor que en realidad no tenía. Puede que una niña así, normal, sin gibas ni desfiguraciones, y con todos sus miembros íntegros y en orden, hubiese pasado desapercibida en cualquier otro tiempo y lugar, y puede que su valentía correspondiese sencillamente a la curiosidad infantil, al arrojó inocente, pero no hay que olvidar que todo esto sucedía en un lugar donde nada era normal, saludable o acabado.

Los padres, en cuanto podían, la escondían.

Los padres la sometían a infinitas infamias porque en el fondo pensaban que aquello no podía ser sino un castigo, uno más de los que el lugar les procuraba a diario, o mejor dicho uno particularmente cruel, horriblemente refinado. Si la niña era hermosa y era lista, eso significaba que en algún otro sitio, en algún otro tiempo, existían la hermosura y la agudeza, aunque tan intolerablemente lejos que parecía una burla del cielo haber dejado caer, en aquella cloaca, esa rara estrella, esa dolorosa prueba de la existencia de otros mundos.